

## LA PRINCESA DE LOS CASPIOS

---

### I

#### HERMIONE

La historia de los pueblos de Oriente, de ese pedazo de mundo que no há mucho ha sido teatro de una guerra que ha fijado la consideración del resto del universo, se pierde en la noche de los tiempos. Hay, sin embargo, en ella episodios que conmueven profundamente el ánimo, y de esta especie es el que sirve de base á esta leyenda.

En aquella nación idólatra, donde falta el freno más fuerte y poderoso de las pasiones humanas, que es la religión, se han desarrollado éstas siempre con terrible vehemencia: las mujeres, que entre nosotros parece han nacido únicamente para el sufrimiento, la dulzura y la resignación, dan allí rienda suelta á sus impetuosos sentimientos, y son, no pocas veces, víctimas de ellos.

El amor y la venganza, sobre todo, han pro-

ducido terribles desastres: no conociéndose el honor, la probidad, ni ninguna de las virtudes sociales, el asesinato venga las más leves diferencias como las ofensas más graves.

Hubo un tiempo en que el Asia, aunque dividida en reinos, estaba dominada por Príncipes ó gobernada por sátrapas, cuya vida licenciosa y llena de desórdenes hundió al fin su poder.

Principalmente en Persia, en aquel reino el más hermoso y dilatado de todo el Oriente, existían multitud de soberanos á quienes el bondadoso y anciano Rey Darío no tenía fortaleza bastante para castigar: esta culpable debilidad fué la causa de su ruina, porque en breve perdió su prestigio, y el día de la memorable batalla, que se dió á orillas del Eufrates, se vió vendido por los poderosos, cuyos excesos había tolerado, y abandonado de los débiles, á los cuales estos mismos excesos habían hecho sufrir todo género de vejaciones.

Uno sólo, sin embargo, permaneció fiel al anciano Rey hasta que rindió el último aliento.

Crádates, soberano de los Caspíos, era vasallo de Darío, y el más amado entre todos los Príncipes de su corte: sirvióle con inviolable fidelidad durante su vida; mas cuando la perdió en el combate que puso á la Persia en manos de Alejandro el Grande, el anciano Crádates se sometió, como el reino todo, al vencedor,

y fué con el resto de sus tropas y su familia entera á postrarse á los pies de Alejandro.

Recibióle éste con bondad suma, y de este modo derramó un saludable bálsamo en la herida que había abierto en el corazón del Príncipe la muerte de su señor: el noble anciano cedió, como todos, al influjo de aquel hombre extraordinario, y se dispuso á servirle con la misma lealtad que á su amado Rey.

Tenía Crádates dos hijos valientes y gallardos, cuyos nombres eran Tolomeo y Casandro, y una hija más joven que éstos, llamada Hermione.

La belleza de las mujeres persas ha sido proverbial en toda el Asia; pero la de Hermione era superior á todo encarecimiento.

Nacida de madre scita y de padre persa, el cruzamiento de las dos razas produjo el tipo más perfecto y seductor: tenía la tez de alabastro, el cuello de cisne y los azulados ojos de su madre Berenice, y las luengas pestañas negras, las pobladas cejas, la espléndida cabellera de azabache, la boca de púrpura y el leve talle de las hijas de Persia.

Nada había comparable á la hermosura de su frente de mármol; nada tan bello como sus manos de marfil y como sus torneados brazos; nada, en fin, tan esbelto y majestuoso como su elevada estatura, que sobresalía como una palmera entre las mujeres que la rodeaban, pe-

queñas como lo son comunmente todas las de aquella nación.

Quince años contaba la Princesa, cuando Crádates fué con ella y sus hermanos á postrarse á los pies de Alejandro.

La imaginación entusiasta de la joven, vivamente impresionada por la relación de las hazañas de este gran Monarca, se enardeció mucho más cuando pudo verle y contemplar su juventud y belleza, unidas á su nobleza y heroísmo, y aquel instante decidió de su vida.

Concibió por el Rey una vehementísima pasión, y la arrogante Hermione, objeto de la adoración de casi todos los Principes del Asia, se convirtió en esclava del Rey de Macedonia.

El joven Monarca no reparó en el efecto que había producido: vió á sus pies á una hermosa y esbelta joven, vestida de un largo traje blanco, y cuyos marmóreos hombros, más blancos que el cendal de su vestido, estaban medio cubiertos con un manto de púrpura recamado de oro; miró por un instante aquella angélica cabeza poblada de rizos negros, y aquellos piececitos que aparecian torneados á través de las cintas de sus sandalias de grana, y después volvió los ojos á otro lado con frialdad.

En cuanto á Hermione, solo la palidez de su semblante y el temblor de sus labios pudieron dar á conocer lo que pasaba en su alma.

El Principe Crádates siguió por algún tiem-

po la marcha del ejército real; pero queriendo Alejandro ligar al anciano con beneficios y manifestarle á la vez la confianza que de él hacia, le envió á Maracanda, nombrándole Gobernador de esta ciudad y de su dilatada provincia, y transmitiéndole un poder igual al que tenían los sátrapas en tiempo de Dario, el desgraciado Rey de Persia.

El Principe recibió esta gracia con un vivo reconocimiento y con un deseo ardiente de dar un testimonio de él al generoso vencedor. Mas la desdichada Hermione, cuya pasión había hecho rápidos progresos, vió en esta nueva su sentencia de muerte.

¡Perdía á Alejandro! ¡Se alejaba de él sin poderle decir que le amaba!... y para colmo de su desgracia, tenía que encerrar cuidadosamente este amor en el fondo de su alma y ocultar á su padre un sentimiento que hubiera reprendido quizá con demasiada severidad.

Jóvenes que amáis sin esperanza: vosotras, que os veis precisadas á mostrar la sonrisa en los labios cuando tenéis desgarrado el corazón; vosotras, en fin, que sabéis lo que es pasar mil veces por delante del hombre á quien amáis, sin que sospeche siquiera lo que sufrís; imaginaos por un momento que os arrebatan el triste consuelo de verle; pensad cuán intenso y amargo seria vuestro dolor, y tendréis una idea del tormento de la desventurada Hermione.

Con la muerte en el alma partió con su padre y sus hermanos para Maracanda, que se sometió al Rey sin resistencia, siguiendo el ejemplo de los demás pueblos del Asia Menor, y aquella pobre niña cayó en una profunda melancolía.

Todos los delirios de la pasión más fuerte se apoderaron de su espíritu: llamaba á Alejandro; acariciaba un retrato suyo que había podido procurarse, y que jamás separaba de su seno; veíasela en medio del sueño, pálida y agitada, derramando abundantes lágrimas, y solamente despertaba de tan dolorosa pasadilla para sentir un martirio mil y mil veces más cruel.

Hermione no tenía madre: la hermosa Bérnice, hija del Rey de Isedón, esposa de Crádates, murió al darla á luz, y el cielo arrebató con ella á la infeliz Princesa el apoyo mejor y más seguro.

Cierto es que su padre la amaba con ciego cariño, y que la adoraban sus hermanos, sobre todo Casandro, que era de natural muy dulce; pero nunca pudo Hermione resolverse á declararles su fatal secreto, encerrándolo, por el contrario, con cuidadoso afán en lo más íntimo de su alma.

Cerca de un año hacía que vivían en Maracanda, cuando Alejandro llamó á los jóvenes Príncipes, hermanos de Hermione, confiándoles cargos muy importantes en el ejército y sin des-

perdiciar una ocasión en que pudiera manifestar al anciano Crádates su amor y estimación.

Entonces fué cuando llegó Efestión á aquel reino: Efestión el malvado, Efestión el regicida, puesto que, cómplice del traidor Besso, hicieron ambos espirar, á los golpes de sus puñales, al magnánimo Rey de Persia; Efestión, cuya sangrienta memoria ha quedado para siempre grabada en todos los pueblos que bañan el Eufrates y el Termodonta.

Después del detestable regicidio, que quedó oculto por entonces á favor de las tinieblas de la noche en la agitación de aquella memorable batalla, que decidió la suerte de dos grandes naciones é hizo á la una esclava de la otra, siguieron Efestión y Besso toda la Bactriana, asolando á los pueblos y apoderándose de las riquezas de aquel desdichado territorio; mas cuando Alejandro llevó hasta allí sus armas vencedoras, Efestión vendió á su amigo, y queriendo contraer méritos con el Soberano, prendió á Besso por su propia mano y le condujo sujeto á la tienda del Rey.

El gran Alejandro ignoraba todavía quiénes eran los asesinos del anciano Darío, al cual amaba tanto, no obstante ser su enemigo y haberle conquistado casi todo su reino.

Besso le fué presentado con la lengua cortada, y Efestión urdió una fábula que nadie podía desmentir.

Imposibilitado Besso de hablar, sólo un esclavo podía descubrir al infame regicida; pero el infeliz siervo fué muerto y arrojado al Eufraates así que se cometió el crimen.

Por lo tanto, todo el rigor de Alejandro cayó sobre el desgraciado Besso, que fué colgado de un árbol, asaeteado y descuartizado antes de espirar por cuatro caballos (1), y Efestión fué recompensado con mano pródiga por el Rey, que le agradeció que le hubiera proporcionado la ocasión de ejercer aquel acto de justicia; pero el malvado regicida, abusando de los favores del Monarca, sembró nuevas sediciones en el campo; y obligando á los daheses á que se sublevasen con siete mil caballos bactrios, partió con ellos en dirección á Maracanda, á fin de obligar al Príncipe Crádates, con quien le unía una estrecha amistad, á levantarse contra su Rey y señor.

Al pronto ocultó sus designios, haciendo creer á Crádates que venía por orden de Alejandro, y el Príncipe, engañado con esta treta, le recibió en su mismo palacio y le trató como enviado del Rey, dando órdenes para que se alojase parte del ejército en la ciudad y el resto en los lugares más cercanos; pero con la mayor comodidad posible.

Efestión había tomado muchas precauciones

(1) Histórico.

para que el anciano no descubriese la verdad. Cubrió los caminos de guardias para detener á todo el que pudiese venir de parte del Rey ó de cualquiera otro lado, y de este modo pudo ocultar al Príncipe su infamia.

Aquel hombre, de corazón de hierro, hasta entonces, tenía á la sazón en si mismo el más peligroso enemigo; amaba á Hermione, y la amaba con toda la energía de la primera pasión; la bella y melancólica niña le hacia olvidar todos sus proyectos con una sola mirada, y delante de ella desaparecía á sus ojos el resto del mundo.

Un presentimiento oculto le aconsejó no declararle su amor: adivinaba que Hermione no correspondería jamás á su indomable pasión, y prefirió entenderse con el Príncipe y pedirle la mano de su hija.

El engañado Crádates prestó oídos á la proposición que Efestión le hiciera; y creyendo á éste en un alto favor con el Rey, supuso que no podía esperar un partido más ventajoso para su hija, y prometió su mano á Efestión, sin consultarla, en atención á su corta edad.

Mas al participar su resolución á Hermione, encontró en ella una resistencia que no esperaba: nacida la joven con un carácter generoso, pero altivo, se rebeló contra esta violencia y habló á su padre con energía.

En aquellos pueblos, poco civilizados é idó-

latras, la educación y la religión no podían ser frenos para contener el impetu de los sentimientos, y la pobre niña, agotado su valor, se entregó completamente al exceso de su pena.

—Padre—exclamó, postrada á los pies del anciano,—¡quieran los dioses, ya que no tenéis piedad de vuestra hija, que halléis en su obediencia el castigo de vuestra crueldad!... Mas no creáis—prosiguió levántandose con fiereza,—no creáis, señor, que cedo todavía: voy á escribir á mis hermanos, y después me arrojaré á las plantas de Efestión, le haré saber que no le amo, que no quiero, que no puedo ser suya, y si no se compadece de mi, si mis hermanos no vienen en mi socorro, imploraré el favor del Rey.

Al pronunciar estas últimas palabras, temblaron los labios de la Princesa, y su semblante se cubrió de una mortal palidez: aquel pensamiento atravesó su corazón como un dardo de fuego, y trajo ante sus ojos con más viveza que nunca la imagen de Alejandro.

Crádates no advirtió lo que pasaba en el corazón de su hija, y creyó efecto de su impaciencia ó de su dolor el trastorno que notara en su rostro.

—Escucha, hija mía—le dijo con ternura:—si yo no supiera que ibas á ser feliz, no me verías hoy tan obstinado; te ruego, pues, que me obedezcas, y no me obligues—continuó cam-

biando de voz—á que haga uso de la autoridad que los dioses me han concedido sobre ti; no pidas auxilio á nadie contra tu padre, Hermione: tus hermanos, lejos de aprobar tu rebeldía, te obligarán á obedecerme, y Efestión te ama demasiado para que consienta en perderte; en cuanto al Rey—prosiguió el Príncipe, sin poder calcular el daño que causaba á su hija,—en cuanto al Rey, está harto entretenido para pensar en ti: todos los Principes del Asia estamos convocados en Babilonia para dentro de quince días, con el fin de asistir á sus bodas. En este pliego, escrito de mano del Monarca, me lo participa, añadiendo que se casa con la Princesa de Persia, prisionera suya con toda su familia desde la muerte del Rey su padre.

Un rayo no hubiera aturdido más á la joven que esta noticia; Hermione lanzó un agudo grito, extendió los brazos y cayó desplomada á los pies de Crádates. El anciano la tomó en sus brazos y la condujo á su aposento, encargándola á los cuidados de su nodriza Feane.

Cuando la joven volvió á abrir los ojos, vió á su padre, sentado junto al lecho, que estrechaba una de sus manos, cubriéndola de besos y de lágrimas; algo apartado, Efestión, en pie y silencioso, la contemplaba con una mirada de dolor.

Pocos hombres habia entonces comparables á él: de elevada estatura y modelada como el

Apolo antiguo, se olvidaba su gallardía para admirar la belleza de su semblante; era notable el contraste que ofrecía su dorada cabellera, naturalmente rizada, con sus rasgados ojos de un negro afelpado; el resto de sus facciones completaba ese magnífico tipo oriental que tan perfecto se conserva todavía en Atenas ó en la isla de Delos. Su edad no llegaba á veintiséis años, y jamás un alma más horrible se ha albergado en un cuerpo más hermoso. En aquel bárbaro corazón no imperaba más que un solo sentimiento: su pasión á Hermione. Al verla tendida en el lecho, y al parecer sin vida, la más cruel desesperación se apoderó de él, y al verla abrir los ojos, una inmensa alegría sacudió á aquella fiera naturaleza.

Apenas Hermione volvió en sí, se sentó en el lecho, apartó de su frente los numerosos bucles, negros como el ébano, que la cubrían, y permaneció silenciosa algunos instantes.

—Padre—dijo al fin con voz firme,—os obedeceré; y vos, señor—prosiguió tendiendo sus manos á Efestión, que las estrechó entre las suyas,—recibid el juramento que os hago de ser vuestra... Yo no os amo ahora—añadió la joven; —pero de nuevo os juro, por los dioses, que os amaré muy pronto, Efestión, ó que moriré de lo contrario.

La desdichada no sabía aún quién era el hombre á quien acababa de ligarse para siem-

pre. Apoyóse en el brazo de su padre, y ambos bajaron al jardín seguidos de Efestión, que habiendo conseguido lo que más deseaba en el mundo, fijó otra vez su pensamiento todo en la ejecución de sus tenebrosos planes.

## II

## DOLORES SIN CONSUELO

Algunos días después de los sucesos que acabamos de referir, la hija de Crádates se unió para siempre á Efestión, Príncipe de los ismenios, á cuya dignidad le había elevado el magnánimo Alejandro, en recompensa de haber puesto en sus manos al matador de Dario.

Crádates se preparó para ir á Babilonia con el objeto de asistir á las bodas reales, sin que los jóvenes esposos consintieran en acompañarle, aunque por motivos muy diversos.

Hermione hizo al deber el sacrificio de su amor, y la imagen de Alejandro empezaba á borrarse de su memoria, como su retrato había desaparecido de su pecho; su amarga melancolía había degenerado en una calma triste, pero que le proporcionaba algún reposo; insensiblemente se iba acostumbrando á Efestión, y sin duda alguna le hubiese amado con el tiempo

si su enemiga suerte no lo hubiera dispuesto de otro modo.

Era un día hermoso de estío, vispera del en que debía partir el anciano Crádates: hallábanse en los extensos y perfumados jardines la Princesa y sus damas, todas casi tan niñas y hermosas como su joven Soberana; veíase entre ellas á la armenia de dorados cabellos y velados ojos; á la odalisca de esbeltas y torneadas formas; á la georgiana de tez rosada y luciente mirada negra; á la ateniense de virginal pertil y pies de niña; á la persa de purpurina boca, estrecha frente y dulce sonrisa; á la escita de celestes ojos, enhiesto cuello y manos de nieve, y todos los tipos, en fin, más bellos y perfectos de los imperios del Asia.

Sentada Hermione á la orilla de un azulado arroyuelo, hablaba con su nodriza Teane, cuyo amor hacia ella rayaba en adoración; las damas se habian quitado los mantos y saltaban como cervatillos en las anchas praderas cubiertas de flores, cuyos débiles tallos se tronchaban bajo la tenue prisión de sus lindos pies, calzados con sandalias.

El jardín estaba además lleno de guardias de la Princesa, deudos de Crádates y esclavos negros.

De súbito se oyó un extraordinario ruido á las puertas del palacio, y las damas corrieron despavoridas al lado de la Princesa y de la anciana Teane.

—Anda á ver qué sucede, Orontes,—dijo Hermione con serena voz á un eunuco negro, que salió al instante á cumplir esta orden; pero un momento después volvió pálido y trastornado.

Seguíanle de cerca dos caballeros armados á medias, pues al uno le faltaba una manopla, y dejaba ver una mano horriblemente mutilada, aunque no por eso habia abandonado la espada; y el otro traía la cabeza descubierta, y su yelmo, perdido tal vez en alguna refriega, no habia sido suficiente á librarle de recibir en ella una profunda herida.

Al ver á aquellos hombres, se puso en pie la Princesa; dilatáronse sus grandes ojos azules, y cubrió su rostro una palidez mortal.

—¡Casandro!... ¡Tolomeo!...—exclamó al fin tendiéndoles los brazos, en tanto que se iba llenando el jardín de soldados y deudos de los Principes, tan heridos y desfigurados como ellos.—¡Hermanos míos! ¿qué os ha sucedido? ¿qué es esto?—gritó dando un alarido desgarrador al ver caer á Casandro privado de conocimiento.

—¡Hermana!...—exclamó Tolomeo asiéndola del brazo;—¡hermana!... antes de todo, respóndeme... ¿eres ya esposa de Efestión?

—Sí,—contestó la joven con temblorosa voz.

—¡Ah!—gritó el Principe:—¡maldición sobre nosotros!...—Y soltó el brazo de la infeliz Her-



mione, la cual fué á abrazar á Casandro, que permanecía desmayado todavía en los brazos de sus escuderos.

A poco llegó al jardín el anciano Crádates. Al ver á su querido Tolomeo horriblemente herido y ensangrentado, y á su hermoso Casandro, al parecer, sin vida, el desgraciado padre quedó yerto de espanto.

—¿Qué habéis hecho, señor? — exclamó el Príncipe; — ¿con que habéis entregado á Hermione al asesino de nuestro Rey? ¿Sabéis que Darío rindió su vida á los golpes del puñal de ese monstruo de iniquidad? ¿Sabéis que se ha rebelado contra Alejandro y que está en Maracanda el foco de la rebelión? ¿Sabéis que pasáis en el campo macedonio por un traidor como él? ¡Oh, padre! — prosiguió el infeliz Tolomeo en el paroxismo del dolor más violento, — ¿sabéis que me cuesta la vida de Casandro haber podido penetrar hasta aquí?

Nada respondió el anciano, y fué lentamente á postrarse ante Casandro, cuya cabeza abierta sostenía Hermione sollozando amargamente.

Crádates separó los hermosos rizos de ébano que cubrían aquella frente ensangrentada, y sin derramar una lágrima, pero más pálido que el herido, puso en ella sus labios, dominando por un momento el amor paterno á todos.

—¡Yo te vengaré, hijo mío, yo te vengaré! — exclamó levantándose en seguida.

—¡Venganza, sí! — gritó Tolomeo: — yo he venido, de parte de Alejandro, á averiguar la verdad de lo que aquí sucede, porque no se resuelve á creeros culpable y prefiere juzgaros engañado. «Id — nos ha dicho: — á los hijos toca salvar el honor del padre; la alianza que me han anunciado va á efectuarse entre Crádates y Efestión es una prenda de traición. Volad, pues, á impedir que la inocente Hermione se una al asesino de vuestro Rey, y traedme al regicida para que expie como Besso, no su rebelión contra mí, que desde luego le perdono, sino el horrible crimen que cometió al derramar, con sus miserables manos, la augusta sangre de Darío.»

Casandro había vuelto de su desmayo; echó los brazos al cuello de Hermione, teniéndola largo rato oprimida contra su pecho, y después se sentó con firmeza en un banco de césped.

Crádates y Tolomeo se aproximaron á él, en tanto que algunos vendaban sus heridas.

—Padre mío — dijo con débil voz, — no perdáis tiempo: el cuerpo de ejército que el Rey nos dió para batir las tropas de Efestión, ha sido deshecho, y el traidor cuenta con muchas fuerzas dentro de Maracanda. Huid, por el cielo, con Hermione y salvadla... á favor de un disfraz podréis llegar á Babilonia... presentaos al Rey: decidle que envíe al momento los soldados necesarios para sofocar la sedición. El es-

clavo que presenció el asesinato del Rey Darío, y que fué arrojado á las ondas del Eufrates, no murió como se creía, y ha descubierto á Alejandro todos los crímenes de Efestión... Huid, huid, por los dioses, y llevaos á mi hermana. ¿Qué pueden hacer aquí un anciano y una niña?

—¡Morir!—contestó una voz bien conocida de todos.

Era Efestión, que había penetrado en el jardín seguido de un gran número de parciales.

—¡Sí!—prosiguió el traidor,—morirán como vosotros y como todos los que no se unan á mi causa: ya no es tiempo de retroceder; juego mi vida, y haré todo lo posible para no perderla. Yo te engañé, Crádates—continuó dirigiéndose al Príncipe;—sí: yo sublevé las tropas que existen en Maracanda, y vine aquí únicamente para que secundaras mi rebelión contra Alejandro.

—¿Y creiste que yo?...—tartamudeó Crádates temblando de ira y lanzando una mirada de desprecio al miserable Efestión.—¡Oh! decidme—continuó juntando las manos,—decidme que habéis mentido; aseguradme que, convencido de vuestro error, desistis de vuestros horribles planes.

—¡Imposible!—contestó Efestión con estóica calma.—Si cuando el Rey de Macedonia me favorecía me rebelé contra él, juzga tú mismo lo que debo hacer ahora que pide mi cabeza.

—¡Traidor!—gritó el Príncipe tirando de la espada y arrojándose á él;—¡infame regicida!... Te juro, por los dioses, que no has de salir vivo de aquí...

El acero de Efestión cortó el aliento al desgraciado anciano, que cayó con el pecho atravesado á los pies del asesino de Darío, sin poder hacer otra cosa que tender los brazos á sus hijos.

Dos terribles golpes sintió al mismo tiempo el malvado. La espada de Tolomeo, aunque manejada por su mano izquierda, le partió el hombro, y la de Casandro le produjo una profunda herida en la espalda; mas los infelices Príncipes rindieron muy pronto sus vidas á los furibundos golpes de una nube de soldados que los rodearon de repente, inmolándolos sin piedad.

La desdichada Hermione lanzó un penetrante alarido, y cayó sin sentido inundada en aquella sangre, que era la misma que corría por sus venas.

Efestión, sin turbarse en lo más mínimo, y con un valor admirable digno de más noble causa, mandó hacer una señal, convenida sin duda, porque en pocas horas fué pasada á cuchillo por los sediciosos toda la guarnición de Maracanda que no quiso secundar la rebelión.

## III

## EL REGICIDA

La hija de Crádates pasó muchos días entregada á una furiosa demencia: encerrada en sus habitaciones con su nodriza Teane, llamaba á su padre, á sus hermanos, y maldecía á su inhumano verdugo, sin consentir en tomar alimento alguno ni ver á nadie.

Cuando se calmó su doloroso delirio, cayó en una melancolía profunda: la infortunada joven se sentía desfallecer, y se rendía quebrantada al peso de su amarga pena. A no ser por los amorosos cuidados de la buena Teane, hubiera muerto sin duda.

Una noche que, sentada junto á una ventana, lloraba pensando en su desgraciada familia, entró de improviso Efestión en su aposento; al verle, Hermione se estremeció de horror, helóse el llanto en sus yertas mejillas, y en su hermoso semblante se pintó con la mayor energía todo el odio que aquel hombre le inspiraba.

—¡Verdugo de mi padre!—exclamó con indecible vehemencia la irritada Princesa.—Asesino de mis hermanos, ¿qué buscas aquí? ¿Vienes á gozarte en mis tormentos? ¿Acaso es tu desig-

nio quitarme también la vida? ¡Hiere!—prosiguió descubriendo su seno;—hiere sin piedad; traspasa este corazón, enemigo de esa mano parricida que hace pocos días me alargaste en señal de tu amor, y que diste á mi buen padre en prueba de fidelidad. No te detengan los aborrecibles lazos que nos unen; no alimentos para tu ruína una serpiente que te devorará, si no la ahogas primero.

—Escúchame, Hermione—dijo Efestión con voz dulce y reposada.—Si para conservar mi fortuna y mi vida tuve que envainar mi puñal en el pecho de tu padre, para conservar la tuya y hacerte feliz no perdonaré sacrificio alguno. Yo te amo—prosiguió cruzando sus manos con una indescriptible mezcla de pasión y de dolor,—yo te amo, Hermione, y este amor es el único sentimiento dulce que ha surgido en mi corazón: no siento remordimiento alguno por haber dado muerte á los tuyos; mas tu dolor traspasa mi alma. ¡Oh, Hermione!—continuó Efestión arrojándose á los pies de la Princesa.—¡Mi adorada Hermione... perdóname, y dime que no me aborreces, que me miras sin horror, que podrás amarme algún día!...

—¡Ah!—gritó la Princesa rechazando á su esposo, quien, arrodillado, todavía sollozaba amargamente.—¡Verdugo de mi padre! ¡Quiéran los dioses descargar sobre tu cabeza todos los rayos de su venganza!

Hermione salió del aposento.

El Príncipe de los ismenios permaneció como helado de estupor; su alma indómita jamás se había humillado, y tan sólo el vehemente amor que Hermione le inspiraba había podido ablandar su fiereza.

Cuando le volvió la espalda la Princesa, la siguió con la vista sin variar de postura, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, pálidas con la fuerza del dolor.

—¡Nunca me amaré!—murmuró después con un ahogado sollozo y cubriéndose el semblante con las manos.

Imposible era, en efecto, que la joven Princesa amase ya á aquel hombre: con su presencia despertóse en el alma de Hermione una ardiente sed de venganza, y al huir de él, corrió á encerrarse en otro aposento para poner por obra un proyecto que hacía algunos días meditaba.

¿Habéis amado, lectoras mías, para olvidar después? ¿No os ha sucedido en alguna época de vuestra vida tener que dejar de querer á un sér digno de vuestra adoración, para amar á otro sér que valía mucho menos, ya por conveniencias sociales, ya por exigencias del mundo, ya, en fin, por caprichos del corazón? ¿Y no habéis sido engañadas por el mismo á quien dábais un cariño que no merecía? ¡Ay! ¿Qué habéis hecho entonces? Pero ya lo adivino: habéis

vuelto vuestros ojos, cansados de llorar, hacia aquel objeto que debisteis amar eternamente, á pesar de las exigencias de la sociedad y de las hipócritas fórmulas del mundo. Tal vez por orgullo no le habéis dicho: «Te amo como antes.» Vuestros deberes quizá os habrán retenido lejos de él; pero ¿no es verdad que á él habéis vuelto sin cesar el pensamiento y la mirada? ¿No es verdad que habéis consagrado á su recuerdo todos los instantes de vuestra vida, como el único consuelo de vuestra amargura?...

Esto fué, pues, lo que sucedió á Hermione: dormía en su alma, debilitada por largos combates, una violenta pasión, que despertó de súbito al rudo golpe de su infortunio, y, como vosotras, volvió de nuevo los ojos y el corazón hacia aquel hermoso y benéfico recuerdo, único bien que le restaba en el mundo.

Sola y sin amparo, quiso escribir al magnánimo Alejandro para pedirle venganza de la muerte de su padre y de sus hermanos; no tuvo que combatir esta resolución: odiaba á Efestión como verdugo de los suyos, como regicida del anciano Dario y como traidor al Rey de Macedonia, y con mano firme y sin remordimientos trazó la siguiente carta (1):

(1) Esta carta está copiada casi literalmente del antiquísimo volumen de donde he tomado los datos necesarios para escribir esta leyenda; únicamente me he limitado á poner más en claro algunos conceptos.

«No es, ¡oh, señor! la esposa del infiel Efestión: es la hija del noble Crádates la que se dirige á vos; si el nombre del primero os es aborrecible, creo que la memoria del segundo os debe ser de alguna estimación.

»El venerable anciano á quien debí la vida ha rendido la suya á los golpes del puñal del hombre que hoy me llama su esposa. En vano fué, ¡oh, señor! en vano fué que enviáseis á mis hermanos para que impidiesen el sacrificio de la infeliz Hermione. En vano, ¡ay! pues que ya estaba unida con lazos eternos al miserable que tan cruelmente ha derramado la sangre de mi inocente familia... Tolomeo, vuestro amado Tolomeo, ha muerto destrozado por las lanzas de los soldados de Efestión; y Casandro, el joven y hermoso escudero que nunca se apartaba de vuestro lado, ha espirado horriblemente mutilado, pronunciando el nombre adorado de Alejandro.

»¡Venganza, señor, venganza! Yo la invoco de vuestra justicia contra el matador del Rey Darío, padre de la Princesa que habéis elegido por esposa; contra el verdugo de los míos; contra el infame que ha osado hacer á su bienhechor y su Rey la más horrible de las traiciones.

»¡Que muera, ya que ha derramado tanta sangre noble é inocente!... Que espire al rigor de los tormentos más crueles, y así plegue á los

dioses prolongar y hacer felices los días de vuestro reinado.—*Hermione.*»

Escrita está carta, fué entregada y recomendada mil veces al hijo de la anciana Teane, que partió sin dilación al campo macedonio.

Hermione quedó sola con su nodriza, entregada á la más cruel ansiedad: dotada de un alma generosa, aunque, como ya hemos dicho, enérgica y altiva, tardó poco en aparecer el remordimiento; había demandado con ansia la muerte de su esposo, y la sola idea de que era muy probable que Alejandro le hiciese justicia, la helaba de terror.

—¿Por ventura—se decía,—podrán devolver la vida á las víctimas que lloro los suplicios que hagan sufrir á su verdugo?

Además, por culpable que éste fuese, ¿no era también su esposo?

Hermione lloraba amargamente, cuando se abrió con estrépito la puerta de su aposento, y el más horrendo espectáculo se presentó á sus ojos.

Acababa de ver entrar pálido, cubierto de sangre y brotando fuego por los ojos, á Efestión, que traía en una mano la carta que ella había escrito pocas horas antes, y en la otra la cabeza del desgraciado mensajero (1).

Fría é inmóvil como la estatua de la deses-

(1) Histórico.

peración, clavó la Princesa sus extraviados ojos en Efestión.

—Mira—dijo éste aproximándose á su esposa y mostrándole el sangriento despojo; —mira, Hermione, la recompensa que das á los que pretenden servirte con fidelidad; —y al pronunciar estas palabras, arrojó la livida cabeza á los pies de Teane, que cayó al suelo desmayada, dando un prolongado grito.

—¡Bárbaro!—exclamó Hermione en el paroxismo del furor más violento. —¡Execrable verdugo! aún no lo sabes todo: esa carta no te ha revelado más que una parte muy pequeña de lo que pasa en mi alma. Yo te aborrezco, Efestión; te odio, y para que sea doblado tu tormento, sabe que amo, que adoro al Rey Alejandro, aunque nada le digo en este escrito. Mátame ahora—prosiguió la Princesa con terrible vehemencia; —mátame, Efestión, porque te juro que trabajaré incesantemente para perderte mientras tenga vida.

Calló la joven: su esposo, mudo y helado, fijó en ella sus ojos secos y dilatados; pero poco á poco fué encendiendo su semblante, y el trastorno de sus facciones patentizó bien pronto la borrasca que hervía en su alma.

—¡Já!... ¡já!... ¡já!... ¿Con que amas al Rey, Hermione?—exclamó soltando una amarga carcajada.—¿Y cómo paga el tu amor? ¿Acaso con la ciega idolatría con que yo te he adorado?

Interrumpióse al decir esto y sus labios temblaron convulsivos, en tanto que sus rasgados ojos despedían relámpagos de furor.

—¿No sabes—gritó después con ronca voz, acercándose impetuosamente á la joven y asiéndola de un brazo,—no sabes que va á casarse con la Princesa de Persia? ¿Ignoras que dilata mi castigo, que es lo que más anhela en el mundo, para no pensar más que en su bella Estatira? ¿Y te se oculta, Hermione, que yo le odio hasta el extremo de intentar darle la muerte por mi propia mano?

—¡La muerte!—exclamó la Princesa con un alarido de dolor,—¡la muerte!... Entonces, Efestión, una misma losa nos cubrirá á entrambos.

—Calla—le interrumpió el Príncipe;—calla, insensata: dentro de tres días habrá cortado la vida de Alejandro el filo de mi puñal, y tú serás la esposa de Efestión III, Rey de Persia y Macedonia.

## IV

## EL PUÑAL DE ESTRATON

Dos días han transcurrido desde que tuvo lugar la última entrevista de los dos esposos; el Príncipe de los ismenios se prepara á partir en cuanto raye la aurora para el campo macedo-